

LA LEYENDA DE ULISES

1. EL JURAMENTO

El juramento estaba hecho y había que mantenerlo. No parecía haber salida. Las cosas habían cambiado mucho desde que Ulises había hecho aquella promesa. Ahora era rey de Ítaca, casado y con un hijo.

La rocosa isla de Ítaca estaba frente a la costa occidental de Grecia. Sus colinas boscosas estaban llenas de ciervos y otros animales, a cuya caza era muy aficionado Ulises. En aquella época estaba adiestrando a un nuevo perro, al que había puesto de nombre Argos, en recuerdo del héroe mitológico que tenía cien ojos y lo veía todo. Argos era apenas un cachorro, pero tenía todos los rasgos de un excelente perro de caza.

En cierta ocasión, la pasión de Ulises por la caza casi le costó la vida. Años atrás había sido gravemente herido por un jabalí, que le dejó una terrible cicatriz encima de la rodilla. Pero esto no le desanimó. Era un magnífico arquero, y a veces demostraba su habilidad disparando una flecha a través de una fila de doce cabezas de hacha, sin tocar ninguna.

También era un gran narrador, y le gustaba mantener embelesada a la audiencia. Algunos podrían llamarle embustero, pero sus amigos le conocían mejor. Sólo trataba de mejorar la historia, y si en el proceso se perdía parte de la verdad, pues bueno, a lo mejor valía la pena.

Ulises era un hombre robusto, de unos treinta años de edad. Su esposa Penélope tenía poco más de la mitad. Antes de llevarla a Ítaca, Ulises había construido una alcoba para los dos, alrededor del tronco de un olivo, que él mismo había podado y tallado. El tronco formaba la cabecera de un suntuoso lecho, que Ulises construyó y decoró con sus propias manos. Esta alcoba era su santuario, y nadie más que ellos dos podía entrar allí.

Pero volvamos al juramento, aquella estúpida promesa hecha tanto tiempo atrás; todo había sucedido por causa de una mujer: Helena, la muchacha más hermosa de Grecia. Todo joven griego había soñado con casarse con Helena, y Ulises no había sido una excepción. Había acudido a Esparta para declarar su amor, pero no se sorprendió cuando el padre de Helena escogió a Menelao, rey de Esparta, para esposo de su hija. Después de todo, el hermano de Menelao, Agamenón, era rey de Micenas y el hombre más poderoso de Grecia.

Pero la verdadera causa de todo el problema era la reina de los dioses, Hera, y otras dos diosas, Atenea y Afrodita. Las tres eran muy vanidosas y habían discutido furiosamente sobre cuál era la más bella. Finalmente, decidieron que un hombre dirimiese la cuestión. El juez elegido fue Paris, hijo del rey de Troya.

Paris consideró que si elegía a Afrodita, la diosa del amor, ésta haría que Helena se enamorase de él. Y así es como sucedió. Helena se fugó con Paris, llevándose gran parte del tesoro de su marido. Cuando Menelao descubrió la fuga, los dos amantes habían desaparecido.

En el momento del compromiso de Helena, muchos de los pretendientes habían protestado, asegurando que su amor era más grande que el de Menelao. Para evitar problemas, el padre de Helena había insistido en que todos juraran que si alguien arrebatara Helena a Menelao, los demás se unirían para rescatarla. El problema era que nadie sabía dónde había ido.

Pasaron los años. Y por fin, pocos meses antes del comienzo de nuestra historia, Paris regresó a Troya, llevando con él a la hermosa Helena. Esta era la noticia que ahora preocupaba a Ulises. El juramento se había pronunciado, y ahora él y los demás pretendientes rechazados se veían obligados a cumplir su palabra.

2. LA REUNIÓN DE LOS HÉROES

El reino de Ítaca estaba al borde de los territorios griegos. Al estar tan aislado, Ulises confiaba en poder eludir la llamada del rey de Esparta. Pero Menelao y su hermano Agamenón ya estaban recorriendo Grecia, exigiendo que todos los reyes y príncipes hicieran honor a su palabra.

Ulises hizo todo lo que pudo para no ir. Incluso se fingió loco, pero no engañó a nadie. El honor le impedía negarse abiertamente, y finalmente no le quedó más remedio que ir. Reunió 600 hombres y doce navíos de guerra y zarpó hasta la punta sur de Grecia. Pasó por el tormentoso y traicionero Cabo de Malea y puso rumbo al norte, hacia Áulicle, donde se habían congregado los más grandes guerreros de Grecia.

Áulicle está situada en el largo canal que hay detrás de la isla de Eubea. El estrecho ofrece una protección natural contra los vientos del norte que azotan la costa de Grecia. Al penetrar en el canal, Ulises vio cientos de barcos de casco negro, atracados en la playa, fuera del agua. Distinguió los de Agamenón y Menelao, pero había muchos otros que no reconoció.

Ulises ancló sus naves y se dirigió al cuartel general. Agamenón, como hermano de Menelao y rey más poderoso de Grecia, había tomado el mando de la expedición. Los dos hermanos estaban muy satisfechos de los hombres que habían reunido. Allí estaba el gran Diomedes, rey de Argos, y también el poderoso Ajax, príncipe de Salamina. Ajax era famoso por su estatura y su tremenda fuerza. Él y Diomedes eran los más terribles guerreros del sur de Grecia. Ambos eran ya famosos, y los bardos cantaban sus hazañas.

Había otro gran héroe -de hecho, el más grande de todos-, el rubio Aquiles. Venía del norte, donde

convivían griegos y bárbaros. Era un guerrero valerosísimo, y además el corredor más rápido de su época. Siendo apenas un muchacho, sus proezas eran ya legendarias. Pero Aquiles era más que humano; aunque su padre era un hombre, su madre era una diosa, la ninfa marina Tetis. Aquiles era demasiado joven para haber cortejado a Helena, pero le gustaba la guerra y no se hubiera perdido la expedición por nada del mundo.

En la tienda de Agamenón, Ulises encontró también al famoso rey de Pilos, el anciano Néstor. Treinta años antes, el viejo rey podría haber tenido un papel preponderante en la expedición, pero la edad le había dejado sin fuerza, y ahora sólo podía actuar como consejero. Se le respetaba como tal, aunque a menudo aburría a los demás héroes con interminables relatos de sus batallas juveniles.

Los troyanos estaban avisados de que se acercaba el ataque, y habían hecho sus preparativos, reparando las murallas de la ciudad y almacenando provisiones. Los griegos eran mucho más numerosos, pero también los troyanos tenían héroes, aunque Paris, el causante de la guerra, no se podía contar entre ellos. Le aterraba el combate cuerpo a cuerpo y le gustaba permanecer en la retaguardia, hostigando a los enemigos con el arco. Su hermano Héctor y Eneas eran los auténticos héroes de Troya, dignos oponentes de los griegos. Héctor era la médula misma de las fuerzas troyanas, siempre en primera línea, arengando a sus hombres. Sólo Aquiles era enemigo para él. El otro héroe, Eneas, era un semidiós como Aquiles; su madre era nada menos que la diosa del amor, Afrodita.

Una vez reunidas todas las fuerzas griegas, se ofrecieron sacrificios para no ofender a los dioses, y todos los guerreros juraron solemnemente no regresar hasta haber recuperado a Helena. Se botaron las naves y la gran armada partió.

3. ESCAPADA POR LOS PELOS

Los troyanos vieron aproximarse la flota y atacaron a los griegos cuando trataban de desembarcar. Héctor, que estaba al mando, luchó con gran valor, pero los griegos les superaban diez a uno. Poco a poco, los troyanos se vieron obligados a retroceder de la playa, empujados por los griegos que desembarcaban.

Aquiles había anclado sus barcos más arriba de la costa, pero cuando vio la batalla desembarcó y se unió a la lucha. Los troyanos, aterrorizados sólo de verle, buscaron refugio en su ciudad.

Los griegos no les persiguieron. Recogieron a sus muertos y establecieron un campamento en la costa. Agamenón reunió al consejo y se acordó que ambos bandos intentarían arreglar las cosas pacíficamente antes de que se derramara demasiada sangre. Ulises era ya famoso por su labia. Cuando se le pidió que acompañara a Menelao a la ciudad, aceptó de buena gana. Si alguien podía convencer a los troyanos de que devolvieran a Helena y su tesoro, ése era precisamente Ulises.

Los dos hombres atravesaron la llanura con una mezcla de desconfianza y excitación. El viento del norte, cargado de polvo, aullaba a su alrededor, echándoles el pelo sobre la cara. Delante de ellos se veía la ciudad, en el extremo de un espolón, con sus murallas y torres de piedra caliza brillando al sol, y coronada por un palacio que se elevaba por encima de todo lo demás.

Les recibió Antenor, miembro del consejo troyano, que les introdujo por la Puerta Escea, flanqueada por una alta torre, y después les guió por las calles empedradas hasta el palacio. Ulises se fijó en todo; las terrazas escalonadas, las residencias de los ricos, construidas en las terrazas, y las miserables chabolas de los pobres, apretadas contra el lado interior de las murallas.

Antenor les escoltó hasta la sala del consejo, donde se invitó a Menelao a exponer su caso. Habló en términos claros y simples, mientras el consejo escuchaba cortésmente, pero sin hacer comentarios. Entonces Ulises se puso en pie. Era mucho más bajo que Menelao y de aspecto mucho menos impresionante. Algunos de los miembros del consejo esbozaron una sonrisa, pero cuando les miró fijamente y su armoniosa voz llenó la sala, se vieron obligados a escuchar. Ulises argumentó brillantemente, pero a pesar de su elocuencia los troyanos no estaban dispuestos a ceder y no logró convencerles.

Los ánimos estaban muy exaltados; muchos troyanos habían muerto en la playa y sus familias estaban sedientas de venganza.

-¿Por qué no enviasteis una embajada antes de declarar la guerra?- preguntó uno de los miembros del consejo. -Se podría haber evitado el derramamiento de sangre de ayer. No, os conocemos bien a los griegos. Estáis ansiosos por pelear.

Los partidarios de Paris se apresuraron a aprovechar la situación, y pronto se elevaron voces airadas pidiendo sangre. Los dos griegos se vieron en grave peligro. Ulises miró a su alrededor en busca de una vía de escape. En aquel momento, todos los ojos miraban a los que gritaban pidiendo sangre, pero en cuestión de segundo la atención se volvería hacia él y Menelao.

De pronto, alguien cogió a Ulises por el brazo. Cuando éste se volvía con el puño levantado, vio a Antenor, el consejero que les había guiado, y que les llevó rápidamente hacia una pequeña salida lateral, por la que pasaron a un patio, de allí a las calles, y finalmente a la puerta, donde sus caballos les aguardaban. Una veloz cabalgada les

puso a salvo entre sus propias filas. Habían escapado por los pelos.

Los griegos, furiosos por el tratamiento dado a sus embajadores, decidieron lanzar un ataque decisivo contra la ciudad; pero las colosales murallas resultaron demasiado para ellos y fueron rechazados con graves pérdidas.

Comenzaron a desvanecerse las esperanzas de una victoria fácil. Los griegos se dieron cuenta de que no podían asaltar la ciudad, y los troyanos comprendieron que no estaban preparados para combatir en campo abierto. Así pues, los griegos decidieron destruir los cultivos e incendiar las aldeas cercanas, pensando que los troyanos saldrían a defender a sus vecinos, Pero se equivocaron. Lo único que consiguieron fue empujar a los aldeanos hacia la ciudad, aumentando así el número de sus defensores.

4. LA DISPUTA

Los meses se convirtieron en años y Troya aún resistía. Los griegos aún pensaban que podían obligar a los troyanos a salir y luchar. Ampliaron la zona de guerra, haciendo incursiones por toda la costa y dejando a su paso un rastro de destrucción. Pero cuanto más lejos llegaban sus ataques, más gente se unía al bando troyano. Las escaramuzas se prolongaron año tras año, hasta convertirse casi en un modo de vida, olvidándose el objetivo inicial de la guerra.

Entre las prisioneras capturadas en una de las incursiones estaba la hija de un sacerdote de Apolo, que había sido capturada por Aquiles. Agamenón, como comandante supremo, era el primero en elegir entre el botín de guerra, y pidió a la hija del sacerdote. Cuando el padre se acercó al campamento griego ofreciendo un fuerte rescate por su hija, Agamenón no aceptó la oferta y expulsó al anciano del campamento. Pero Apolo se apresuró a vengar a su sacerdote, enviando una epidemia que diezmo la tropa. Los animales empezaron a morir casi inmediatamente, y pronto los soldados se sintieron enfermos.

La epidemia se prolongó durante nueve días. Por todas partes se elevaba el humo de las piras funerarias donde los soldados quemaban los cadáveres de sus compañeros. Aquiles convocó una reunión de emergencia y acusó a Agamenón de provocar la desgracia. Los guerreros insistieron en que se devolviera a la hija del sacerdote. Agamenón se enfrentó furioso a Aquiles.

-Si tengo que devolver a la muchacha, tu tendrás que sustituirla por otra igual de bella. ¿Qué tal Briseida, la muchacha que tú escogiste? Sí, me quedaré con ésa.

Aquiles se puso lívido. Echó mano a su espada y hubiera matado a Agamenón si la diosa Atenea no le hubiera cogido por el pelo, sujetándole. Aquiles se volvió indignado. Él era el único que podía ver a la diosa. Esta le dijo en tono suave pero firme que soltara la espada y que le atacara con palabras pues ya llegaría el día de la venganza.

Aquiles se volvió de nuevo hacia Agamenón y, cubriéndole de insultos, le llamó ladrón y le dijo que se llevara la chica, aunque le advirtió que esa era la última orden que aceptaba de él y que un día le habría de necesitar pero tendría que luchar sin él y sin sus hombres.

Néstor, el anciano rey de Pilos, trató de calmarles. Era como un padre para todos ellos. Le rogó a Agamenón que no se llevara a la esclava de Aquiles. El caudillo escuchó con respeto al anciano, pero se negó.

Ulises, horrorizado, no daba crédito a sus oídos. Si Néstor, con toda su elocuencia, había fracasado, ¿qué podía hacer o decir él? Sacó a la hija del sacerdote de los recintos de Agamenón y se la llevó a su padre. Los griegos ofrecieron sacrificios y la epidemia terminó. Había pasado la crisis, pero habían perdido el apoyo de su principal guerrero y adquirido un formidable enemigo: el dios Apolo.

Aquiles bajó a la playa y llamó a su madre, pidiendo venganza. En su residencia bajo las aguas, la ninfa Tetis oyó su voz y acudió a consolarle. Aquiles le contó sus penas y ella prometió pedir ayuda a Zeus.

Tetis encontró a Zeus sentado en la cima más alta del Olimpo. Los palacios de los otros dioses estaban algo más abajo en la misma montaña. Zeus escuchó con simpatía el relato de Tetis, pero estaba preocupado, ya que varios de los dioses ya habían tomado partido en la guerra, y él quería permanecer neutral. Naturalmente, Afrodita apoyaba a Paris y a los troyanos. Hera y Atenea, por su parte, no habían perdonado a Paris y estaban a favor de los griegos. Ahora Apolo se ponía del lado de Troya. Pronto la guerra se extendería a los mismos dioses.

Aquella noche, mientras los otros dioses dormían, Zeus cavilaba el modo de poder vengar a Aquiles. Decidió convencer a Agamenón de que Troya caería ante un ataque definitivo, y cuando los griegos hubieran comprometido todas sus fuerzas dejaría que los troyanos les vencieran. Agamenón tendría que suplicar a Aquiles o ver su ejército exterminado. El padre de los dioses estaba satisfecho de su plan. Conjuró un falso sueño y se lo envió a Agamenón.

5. EL DUELO

Con las primeras luces del amanecer, Agamenón se levantó de su lecho y convocó una reunión de los jefes

para contarles el sueño que había tenido. Les aseguró que Troya iba a caer por fin. Los demás reyes, convencidos de que su sueño estaba inspirado por los dioses, le creyeron y ordenaron a sus hombres que se preparasen para el combate después del desayuno. Cada soldado ofreció sacrificios a su dios favorito, y rezó pidiendo ayuda en la batalla que se aproximaba. Ulises, como siempre, hizo su ofrenda a Atenea, diosa de la sabiduría, mientras que Agamenón sacrificó un buey a Zeus en nombre de todo su ejército.

Los troyanos sabían que Aquiles había abandonado y se sentían animosos. Por primera vez desde la llegada de los griegos, nueve años atrás, estaban dispuestos a luchar en campo abierto. Su número se había acrecentado con muchos aliados y ahora se consideraban capaces de enfrentarse a los griegos. Así pues, salieron de la ciudad con gran griterío y avanzaron a través de la llanura en medio de una gran nube de polvo.

Paris se dejó llevar por la excitación y en un arranque de valor repentino se adelantó al ejército troyano y desafió a cualquier campeón de los griegos a combate personal. La ausencia de Aquiles se le había subido a la cabeza y había olvidado que existían otros héroes griegos. Pero cuando Menelao aceptó el desafío y se adelantó con la armadura brillando al sol, el valor de Paris le abandonó y corrió a ocultarse entre sus tropas. Pero encontró que Héctor le cortaba el paso.

-¡Niño llorón! -se burló Héctor-. Eres estúpido con las mujeres, pero en todo lo demás eres un completo cobarde. Le robas a un hombre su esposa y luego no tienes valor para afrontar las consecuencias. Deberíamos haberte lapidado hace años por todas las desgracias que nos has acarreado.

Las palabras de su hermano hicieron mella en Paris, que se mostró dispuesto a luchar. Héctor salió al espacio entre los dos ejércitos y contuvo a las tropas troyanas. Agamenón hizo lo mismo en sus filas, ordenando a los arqueros que dejaran de disparar. Cuando pudo hacerse oír, Héctor repitió el desafío de Paris y propuso que toda la guerra se decidiera en este duelo, cuyo vencedor se llevaría a Helena y su tesoro.

Ambos bandos contuvieron el aliento esperando la respuesta de Menelao. Cuando éste aceptó, se oyó una aclamación general. Al fin parecía que iba a terminar la lucha. Se acordó una tregua y se ofrecieron sacrificios. No había manera de volverse atrás.

Mientras Paris y Menelao se preparaban, Héctor y Ulises marcaron el terreno de lucha. Los ancianos, mujeres y niños de Troya se amontonaban en las almenas para contemplar el combate. Príamo y Helena subieron a la torre que dominaba la puerta Escea. Helena sabía que en unos minutos se decidiría su destino.

Cada contrincante recibió una lanza y una espada al entrar en la arena. Dieron vueltas uno alrededor del otro, blandiendo sus armas y mirándose con furia. Se habían echado suertes, y a Paris le había correspondido atacar primero. Siguió dando vueltas buscando una abertura en la defensa del griego. Menelao, con las rodillas un poco flexionadas, miraba a su oponente por encima del escudo, listo para esquivar a derecha o a izquierda.

De pronto, Paris dio un salto y arrojó su lanza. Menelao saltó de costado y desvió la lanza con su escudo, haciéndola caer al suelo. Era su turno. Menelao se dio cuenta de que Paris estaba temblando de miedo. El griego saltó de lado y golpeó con su lanza, intentando abrir la guardia de Paris. Este reaccionó justo a tiempo y detuvo el arma con el centro de su escudo. La punta atravesó el escudo de cuero y Paris se aterró al verla aparecer por dentro. Torció el cuerpo, evitando la muerte por un pelo. La lanza chocó con su coraza, cortando el metal y rasgándole la túnica.

Antes de que Paris pudiera recuperarse, Menelao se lanzó sobre él, blandiendo la espada. Impulsado por los años de rabia acumulada, le dio tal golpe en el casco que la espada se partió en pedazos. Menelao maldijo a Zeus por su mala suerte y agarró el penacho del casco de Paris. El troyano, atontado por el golpe de la espada, perdió el equilibrio. Menelao empezó a arrastrarle hacia las filas griegas, mientras Paris se asfixiaba, porque la correa del casco le estaba estrangulando. Resistió desesperadamente, pero la cara se le empezaba a poner azul.

Entonces Afrodita, viendo lo que sucedía, cortó la correa del casco. Frustrado y furioso, Menelao arrojó el casco hacia sus soldados. No tenía armas y estaba a merced de su enemigo. Era la gran oportunidad de Paris. Pero éste ya había tenido bastante, y con la ayuda de Afrodita huyó hacia sus filas.

6. BATALLA CON LOS DIOSES

Hera y Atenea, furiosas por la intervención de Afrodita, decidieron vengarse. Acudieron a Zeus y éste acordó que la guerra debía continuar.

Menelao seguía recorriendo las filas, gritándole a Paris, cuando el arquero troyano Pándaro, incitado por las dos diosas, le lanzó una flecha. Sólo le causó una herida leve, pero eso significaba que la tregua estaba rota. Pronto empezaron a volar las lanzas y a caer hombres. La batalla comenzaba de nuevo.

Diomedes, rey de Argos, irrumpió en la lucha lanzando su grito de guerra y matando a todos los que le salían al paso. Pero Pándaro el arquero le había visto. Herido, Diomedes pidió ayuda a su auriga. La flecha de Pándaro le había atravesado el hombro y la punta le salía por la espalda. El auriga rompió la cabeza de la flecha y la sacó de la herida, que empezó a sangrar. Pero Atenea se apresuró a coagular la sangre y le dio a Diomedes fuerzas

para seguir luchando.

El héroe volvió al combate, buscando furiosamente a Pándaro. El arquero había cambiado su arco por una lanza y se lanzó contra Diomedes en un carro. El troyano arrojó su lanza, que atravesó el escudo y golpeó la coraza de Diomedes. Pero el grito de triunfo del troyano quedó cortado cuando la lanza de Diomedes le atravesó la cara y le cortó la lengua.

Eneas, el hijo de Afrodita, que iba conduciendo el carro, saltó sobre Diomedes, decidido a impedirle que despojara el cadáver de Pándaro. Se plantó frente al caído como un león defendiendo su presa, y blandió su lanza, manteniendo a raya al héroe griego. Diomedes levantó una enorme piedra y la arrojó contra el troyano, dándole en la cadera y magullándole el hueso. Eneas cayó de rodillas con un gemido, pero antes de que Diomedes pudiera llegar hasta él, Afrodita acudió al rescate y se llevó a su hijo herido.

Diomedes persiguió a la diosa entre los combatientes, atacándola con su lanza. Consiguió herirle en la mano, y Afrodita lanzó un grito y dejó caer a Eneas. Diomedes rió triunfante. Intentó apoderarse del cuerpo, pero entonces intervino Apolo en defensa de Eneas, ocultándole en una nube azul, mientras Afrodita se alejaba llorando. Diomedes se atrevió a atacar al propio Apolo. El dios paró el golpe, y cuando el griego volvió al ataque le advirtió:

-Piensa, Diomedes, piensa. ¿Acaso te crees igual a los dioses?

Dándose cuenta de que había ido demasiado lejos, Diomedes bajó su lanza y se retiró.

La batalla estaba en su apogeo. Por toda la llanura había cuerpos caídos. La vista de tanta sangre fue mucha tentación para el dios de la guerra, Ares, que decidió intervenir en la lucha. No tenía especial simpatía por un bando ni por otro, pero le pareció que los troyanos necesitaban más ayuda que los griegos. Luchando codo a codo con Héctor, empezó a hacer retroceder a los griegos.

Hera y Atenea se enfurecieron al ver a Ares matando griegos. Atenea tiró al suelo al conductor del carro de Diomedes y tomó ella misma las riendas, dirigiéndose directamente hacia Ares. El dios de la guerra, cubierto de sangre, estaba despojando a su última víctima cuando vio que le atacaban. Arrojó su enorme lanza contra Diomedes, convencido de que el héroe había luchado por última vez, pero Atenea desvió la lanza y Diomedes contraatacó, hiriendo al dios de la guerra en el vientre. Ares lanzó un grito que sacudió todo el campo de batalla. “El carnicero” había tenido bastante y desapareció entre una columna de humo negro. Se dirigió inmediatamente a Zeus para quejarse, pero el padre de los dioses le reprendió.

7. ÁYAX Y HÉCTOR

Con Ares fuera de la batalla, los griegos empezaron a ganar terreno gradualmente. Los troyanos se encontraron en peligro de ser vencidos. La tarde estaba avanzada, pero Héctor sabía que sus hombres no podrían mantenerse hasta que se hiciera de noche. Sólo podía hacer una cosa: cuando los griegos se detuvieron para coger aliento antes del ataque final, Héctor salió de las filas y les desafió a elegir un campeón que se enfrentase a él en combate singular.

Los griegos se horrorizaron. Sólo Aquiles podía aspirar a vencer a Héctor. Maldijeron en silencio a Agamenón por lo que había hecho. Las palabras del héroe se habían hecho realidad: “Un día me necesitarás desesperadamente...”

El honor impedía a los griegos rechazar el desafío, y decidieron elegir a un campeón echando suertes. Cada héroe marcó un trozo de cerámica rota y lo colocó en un casco. Mientras el ejército rezaba, el viejo Néstor agitó el casco hasta que uno de los trozos de cerámica saltó fuera. Ulises contuvo un suspiro de alivio al ver el nombre de Áyax.

El gigantesco príncipe de Salamina aceptó el reto de buena gana. Era un hombre de tremenda estatura y llevaba un escudo que casi parecía una torre, hecho con varias capas de cuero y con fuertes rebordes de bronce.

Todos tragarón saliva cuando Áyax entró en la arena. Incluso Héctor quedó un poco desconcertado al ver su corpulencia. Con una sonrisa siniestra, Áyax se acercó a Héctor y le miró desafiante.

Héctor atacó. Su lanza golpeó el escudo de Áyax, pero no logró atravesar todas las capas de cuero. El griego respondió con un golpe colosal. Su lanza atravesó el escudo de Héctor, pero el troyano esquivó la punta.

Los dos empezaron a dar vueltas buscando una brecha en la defensa del contrario. Héctor arrojó la lanza con todas sus fuerzas, pero la punta se dobló al chocar con el escudo de Áyax. Áyax saltó hacia delante y de nuevo su lanza atravesó el escudo de Héctor; pero esta vez el troyano no pudo eludir la punta, que le hirió en el cuello. La sangre empezó a resbalar por su coraza.

Héctor cayó de rodillas y por un instante Áyax pensó que había vencido. Pero el troyano cogió una gran piedra y la arrojó con toda la fuerza que pudo. La roca chocó con el refuerzo de bronce en el centro del escudo de Áyax, y el golpe se oyó en toda la planicie. Este cambio de táctica no desanimó a Áyax, que cogió a su vez un enorme peñasco y lo lanzó con tanta fuerza que abolló el escudo de Héctor y le hizo caer. Pero antes de que Áyax pudiera acercarse a rematarle, Héctor estaba de nuevo en pie.

Los dos bandos contemplaban la lucha con gran emoción. Parecía una desgracia que tuviera que ser derrotado uno de aquellos dos grandes héroes. El sol empezaba a ocultarse tras las colinas, proyectando largas sombras en la llanura, y todos acordaron que la pelea debía interrumpirse. Los dos campeones aceptaron la decisión, intercambiaron regalos y se separaron como amigos.

Al amanecer del día siguiente, Paris envió un mensajero con la oferta de devolver el tesoro de Menelao y pagar una compensación por la pérdida de Helena. Aunque la oferta fue rechazada, se acordó una tregua para que ambos bandos pudieran honrar a sus muertos. Se levantó una gran pira frente a cada campamento, y se incineraron los cuerpos. Al día siguiente, los griegos erigieron un montículo sobre la pira y lo extendieron para formar una muralla defensiva en caso de que los troyanos atacasen los barcos. La muralla de tierra tenía puertas y torres de madera a intervalos, y una valla en lo alto.

Cuando estuvo terminada, los griegos se retiraron agotados a sus tiendas. Pero aquella noche no durmieron tranquilos, pues Zeus atronó incesantemente sobre sus cabezas.

8. ZEUS INTERVIENE

Las cosas no habían salido tal como Zeus las había planeado. A la mañana siguiente, convocó a todos los dioses y les prohibió ayudar a los contendientes salvo para aconsejarles.

El padre de los dioses tomó posición en el monte Ida, al sur de Troya, desde donde podía ver a los dos ejércitos luchando abajo en la llanura. A mediodía tomó su balanza de oro y colocó en los platillos la sentencia de muerte de cada bando. El lado griego pesó más y su destino quedó fijado. El dios lanzó un rayo entre sus filas y los griegos se pusieron blancos de miedo, rompieron filas y corrieron a buscar refugio en su campamento.

Uno de los caballos de Néstor había sido herido por una flecha y su carro había quedado parado en el campo de batalla. Héctor avistó al anciano y cargó contra él. La muerte miraba a Néstor cara a cara. Pero Diomedes le había visto también; fustigando a sus caballos, atravesó el campo, recogió a Néstor y se volvió para recibir el ataque de Héctor. Néstor se hizo cargo de las riendas mientras Diomedes arrojaba su lanza contra el héroe troyano. El arma no alcanzó a Héctor, pero sí a su auriga. Los caballos se descontrolaron y los griegos cargaron, dispuestos a matar.

Esto no formaba parte del plan de Zeus. Con un rugido de furia, el dios lanzó un nuevo rayo que cayó delante de los caballos de Diomedes. El olor a azufre quemado aterrorizó a los animales y Néstor tuvo que luchar para controlarlos. Por fin consiguió hacer girar el carro y volver a la seguridad del campamento.

Los héroes griegos trataron de resistir en el foso que había delante del muro de tierra, pero cuando Héctor llegó tuvieron que retirarse al campamento con grandes pérdidas. Sólo la caída de la noche les salvó de una catástrofe mayor.

A estas alturas, Agamenón se había dado cuenta de que su visión había sido falsa. Convocó a reunión a los jefes, y el viejo Néstor fue derecho al grano:

-Agamenón, eres un buen rey, pero no puedes controlar tu temperamento. Sabes que hiciste mal al humillar a Aquiles. Devuélvele la chica y haz las paces.

El caudillo había perdido todo su orgullo y arrogancia. Reconoció su falta y aceptó devolver a Aquiles la muchacha y compensarle por los insultos recibidos.

Ulises y Áyax se dirigieron a la tienda de Aquiles y expusieron al gran guerrero la propuesta de Agamenón. Aquiles les recibió cordialmente, pues ambos eran sus amigos, pero se mantuvo firme en su decisión de no combatir. A la mañana siguiente, los griegos reunieron la confianza suficiente para salir del campamento y avanzar por la llanura. Pero su valor volvió a abandonarlos cuando Agamenón cayó herido y hubo que llevarle al campamento. Una vez más, las filas se rompieron. Sólo Ulises mantuvo su posición. Por encima del fragor de la batalla llamó a Diomedes, pidiéndole que luchara a su lado. Los dos juntos se lanzaron sobre las filas troyanas sembrando la muerte a su paso.

Héctor vio lo que sucedía y se lanzó hacia ellos, seguido por sus compañías de soldados troyanos. Diomedes le golpeó en lo alto del casco. El campeón troyano vaciló y cayó de rodillas, pero consiguió incorporarse y eludir el nuevo ataque de Diomedes. Pero justo entonces, cuando los griegos empezaban a recobrar el ánimo, una flecha se clavó en el pie de Diomedes. Incapaz de seguir luchando, el héroe trepó a su carro, dejando a Ulises solo.

Rodeado de troyanos por todas partes, Ulises comprendió que se trataba de matar o morir. Se adelantó e hirió a un hombre. Otros dos cayeron inmediatamente heridos por su lanza. Seguían viniendo más y él siguió derribándolos. De pronto sintió un fuerte tirón en el brazo izquierdo. Una lanza había atravesado el escudo, hiriéndole en la cadera izquierda. Se lanzó contra su atacante, que trató de huir, pero Ulises le clavó la lanza entre los hombros. Ulises empezó a debilitarse. Perdía mucha sangre por la herida y las fuerzas se le iban rápidamente.

Olfateando la victoria, los troyanos se acercaron más. A Ulises se le empezaron a doblar las rodillas y supo que su muerte estaba cercana. Gritó desesperadamente pidiendo ayuda, pero nadie acudió a su llamada.

9. LA BATALLA POR LOS BARCOS

Finalmente, alguien oyó los gritos de auxilio de Ulises. En cuestión de segundos, Áyax y Menelao se abrieron camino hasta él. Áyax cargó contra los troyanos y les hizo retroceder, mientras Menelao subía a Ulises a su carro.

Áyax había cambiado de puesto con Ulises, y ahora se encontraba en la misma situación desesperada. No era momento para heroicidades. En cuanto vio que Ulises estaba a salvo, se puso el escudo a la espalda y huyó a toda prisa. Aun así, tuvo que volverse varias veces para deshacerse de sus perseguidores, hasta que por fin alcanzó el resto del ejército en retirada.

Viendo a los griegos refugiarse en su campamento, los troyanos, con grandes gritos, atravesaron el foso y empezaron a trepar por la muralla. El viento silbaba y arrojaba nubes de polvo a las caras de los griegos, que trataban desesperadamente de contener a los troyanos. Los atacantes intentaron socavar las torres de madera y echar abajo la empalizada. Finalmente, toda una sección de la defensa cedió. Con un valor rayano en el fanatismo, Áyax saltó a la brecha y contuvo a los troyanos. Con Agamenón, Diomedes y Ulises heridos, el príncipe de Salamina había asumido el mando. Pero su heroísmo no sirvió de nada. Mientras él contenía a los troyanos, Héctor derribó otra de las puertas, y antes de que los griegos se dieran cuenta de lo que pasaba, los troyanos invadieron su campamento.

Áyax gritó animando a sus camaradas, pero no había manera de detener a los troyanos. Hora tras hora se prolongó la batalla, y poco a poco, los griegos se vieron obligados a retroceder. La escena de muerte y destrucción era la peor de toda la guerra.

Zeus perdió interés ahora que los troyanos habían penetrado en el campamento griego y Aquiles estaba vengado. Pero el dios del mar, Posidón, sintió compasión por los griegos. Estaba subido en lo alto de la isla de Samotracia, desde donde contemplaba la batalla. Cuando se dio cuenta de que Zeus no prestaba atención, se introdujo en el campamento griego y tomó el mando. Estimulados por la presencia del dios del mar, los griegos contraatacaron. Áyax arrojó una enorme piedra contra Héctor, derribándole; pero antes de que los griegos pudieran llegar hasta él, los troyanos cerraron filas a su alrededor y lo llevaron hasta su carro. Desanimados al quedarse sin jefe, los troyanos fueron rechazados hasta fuera de la muralla y el foso.

De repente, Zeus se dio cuenta de que algo sucedía, y ordenó a Posidón que volviera a sus dominios marinos. A continuación envió a Apolo para que curase a Héctor e infundió en los griegos el temor a los dioses.

Reanimado Héctor, el rumbo de la batalla volvió a cambiar. Los griegos volvieron a ser superados, se abrieron nuevas brechas en la muralla, y los troyanos invadieron de nuevo el campamento. Paso a paso, los griegos fueron retrocediendo hacia la playa, hasta que se encontraron luchando entre los barcos. Mientras tanto, sobre sus cabezas, Zeus aplaudía atronadoramente.

Áyax luchó como un león, pero Héctor acabó por arrinconarle cerca de sus barcos. El héroe griego peleó desesperadamente, pero el empuje del ataque era demasiado fuerte. Tuvo que saltar a la popa de uno de los barcos, y desde allí mantuvo a raya a los troyanos con un largo palo de punta de bronce, utilizado normalmente en las batallas marinas. Una y otra vez, Héctor trató de desalojarle para poder incendiar el navío, pero aunque por todas partes le llovían flechas y jabalinas, Áyax mantuvo su posición y pronto empezaron a amontonarse cadáveres alrededor de la quilla del barco.

Los atacantes eran cada vez más y la posición se hizo desesperada. Saltando de un barco a otro, peleó con valor sobrehumano, pero al final tuvo que abandonar la popa y siguió combatiendo desde el puente de la nave hasta que Héctor le cortó la punta de su gigantesca lanza. Empezaron a alzarse llamas y el humo oscureció el cielo.

10. PATROCLO

Patroclo lo observaba todo desde lejos. Era el escudero de Aquiles y también su amigo más íntimo. Sus ojos se le llenaron de horror ante el espectáculo de la batalla. Por todas partes veía cuerpos mutilados de amigos. Suplicó a Aquiles que acudiera al rescate, pero el gran guerrero siguió negándose. Ante esta negativa Patroclo pidió a Aquiles su armadura y que sus mirmidones le siguieran para servir de refresco a sus amigos griegos. Finalmente, el corazón de Aquiles se ablandó. Le cedió a Patroclo su armadura y le ayudó a ponérsela, advirtiéndole que luchara sólo para salvar los barcos y nada más. Ya se elevaban columnas de humo negro en la playa cuando Patroclo entró en batalla, guiando a los hombres de Aquiles.

Cuando los troyanos vieron al que parecía ser Aquiles, atacándoles al frente de los sanguinarios mirmidones, las rodillas les temblaron y buscaron una vía de escape. El nombre de Aquiles recorrió las filas mientras Patroclo se abría paso a lanzadas. Los troyanos huyeron desordenadamente, y con un rugido de entusiasmo los griegos recuperaron el ánimo y se lanzaron en su persecución.

Patroclo había cumplido su tarea, pero olvidó la advertencia de Aquiles y corrió tras los troyanos que huían, atravesando el río y llegando hasta las murallas de la ciudad; quizá pensara que podía conquistar Troya él solo, pero cuando intentó escalar los muros Apolo le hizo caer. Lo intentó una y otra vez, pero el dios seguía derribándole. Enfurecido, se volvió hacia las filas troyanas, cargando contra ellas y matando sin contemplaciones a todo el que

tuvo la desgracia de interponerse en su camino.

Pero la muerte acechaba a Patroclo. En una de sus cargas, Apolo le golpeó en la espalda, con tal violencia que le saltó el casco y le rompió la lanza. Se le cayó el escudo y se rajó su armadura. Quedó aturdido y sin protección, y un guerrero troyano le apuñaló por la espalda, haciéndole caer de rodillas.

Héctor, al darse cuenta de que no se trataba de Aquiles, se abrió paso hasta él. Patroclo, herido e indefenso, trataba desesperadamente de arrastrarse hasta sus filas. Héctor le clavó su lanza, emitiendo un grito de victoria. El héroe troyano desclavó su lanza despreciativamente. Ordenó a sus hombres que le quitaran la armadura de Aquiles y, ante el horror de sus amigos, se dispuso a descuartizar el cuerpo de Patroclo. Se lo impidió la llegada de Menelao y Ájax, que hicieron retroceder a Héctor, pero antes de que pudieran llevarse el cuerpo de Patroclo llegaron refuerzos troyanos y se desarrolló una feroz batalla por el cadáver, que pasaba del poder de un bando al del otro. Poco a poco, los griegos lograron arrastrarle hacia su campamento, pero los troyanos siguieron hostigándoles. Por fin, los griegos enviaron un mensaje a Aquiles, con la esperanza de que el gran héroe acudiera.

El héroe griego había sentido que algo terrible sucedía, y estaba lleno de negros presagios. Cuando le dijeron que Patroclo había muerto, se tiró al suelo consumido por la desesperación. Se echó tierra en el cabello, se ensució la cara y las ropas y soltó un grito tan espantoso que se oyó hasta en los cielos. Pero no podía hacer nada, pues no tenía armadura, ya que se la había dejado a Patroclo.

Tetis oyó el grito de desesperación de su hijo y acudió inmediatamente al monte Olimpo, donde le pidió al herrero divino, Hefesto, que hiciera una nueva armadura para Aquiles, lo más rápidamente posible.

Mientras tanto, la lucha por el cuerpo de Patroclo continuaba. Aquiles salió al exterior de la muralla para observar el combate. Los griegos habían logrado llevar el cuerpo cerca del campamento, pero los troyanos seguían decididos a hacerse con él. Cuando Aquiles vio que Héctor agarraba el pie de Patroclo y trataba de arrastrarle, lanzó su grito de guerra. Al oírlo, los troyanos se echaron a temblar y echaron a correr en todas direcciones.

Hefesto trabajó durante toda la noche, y antes del amanecer había terminado una magnífica armadura para Aquiles. El héroe griego se había pasado la noche llorando, pero cuando Tetis llegó con su nueva armadura, no pensó más que en la venganza. Recorrió la playa llamando a los griegos a asamblea. Todos se dieron cuenta de que el gran momento había llegado. Incluso Diomedes y Ulises acudieron a la convocatoria cojeando.

Cuando todos estuvieron reunidos Aquiles se dirigió a Agamenón pidiéndole poner fin a su disputa y llamar a las tropas al combate. Los soldados mostraron a gritos su aprobación. Agamenón pidió disculpas por lo que había hecho, prometió compensar a Aquiles y le entregó el mando de todo el ejército.

Ulises estaba decidido a que Agamenón no se retractase de su palabra, e insistió en que la compensación se entregase delante de la asamblea. Una vez hecho esto, Agamenón sacrificó un jabalí para aplacar a los dioses, los soldados desayunaron y todos se prepararon para la batalla.

11. EL ÚLTIMO COMBATE DE HÉCTOR

La obsesión de Aquiles era matar a Héctor. Cuando el héroe troyano no se presentó a desafiarle, volvió su rabia hacia los demás troyanos, y una de sus víctimas fue uno de los hermanos de Héctor. Este había estado evitando a Aquiles, pero cuando vio caer a su hermano, cargó furiosamente, dispuesto a vengarle.

Zeus había anulado la orden que impedía a los dioses tomar partido, y cuando Atenea vio volar la lanza de Héctor hacia Aquiles, la desvió a un lado. Apolo pensó que esto era injusto, y cuando Aquiles contraatacó, ocultó a Héctor en una densa niebla. Aquiles alanceó repetidamente la niebla, sin resultados, hasta que sudando y furioso se arrojó contra los troyanos.

En su frenesí partió las filas troyanas, dispersando a la mitad hacia la ciudad, mientras el resto huyó hacia el río, donde Aquiles les persiguió, matando a derecha e izquierda hasta que el agua se puso roja de sangre.

La carnicería excitó a los dioses, que se unieron a la lucha con un rugido que hizo temblar los cielos. Zeus contempló divertido cómo se atacaban unos a otros. Ares golpeó a Atenea en el pecho con su lanza, pero el manto encantado de la diosa la protegió. Atenea arrojó una enorme piedra contra “el carnicero”, haciéndole caer de espaldas. Mientras se alejaba riendo, Afrodita ayudó al dios de la guerra a incorporarse, pero Atenea corrió tras ellos y golpeó a la diosa del amor en el pecho con tal fuerza que ella y Ares cayeron al suelo.

El rey Príamo había ordenado que las puertas permanecieran abiertas para que sus tropas pudieran entrar. Cuando hubieron entrado, las puertas se cerraron y atrancaron. Sólo Héctor se quedó fuera, esperando a Aquiles.

Apolo había estado desorientando al héroe griego, haciendo que le persiguiera, pero ahora Aquiles se acercaba de nuevo a la carrera. La mente de Héctor era un torbellino de dudas y temores. Sabía que nunca podría mirar a su gente a la cara si no se enfrentaba a Aquiles. Pero también sabía que estaba perdido si lo hacía.

Cuando Aquiles se aproximó a la puerta Escea, donde Héctor le aguardaba, el valor del troyano le abandonó y echó a correr. Aquiles le persiguió a toda velocidad, mientras indicaba a sus hombres que se trataba de una pelea privada y que no debían intervenir. El héroe griego era un corredor más rápido, y pronto estuvo entre

Héctor y la muralla, cerrándole el paso. Nada podía salvarle ahora.

Hasta los dioses contenían el aliento mientras contemplaban cómo Aquiles perseguía a Héctor alrededor de la ciudad. En su desesperada huida, el troyano rodeó tres veces los muros, pero no logró escapar. Cada vez que volvía la cabeza, veía a Aquiles que le seguía como un perro cazando al zorro.

Por fin se volvió, enfrentándose a su perseguidor. Al acercarse Aquiles, trató de hacer un trato con él pero éste no quiso y lanzó su pesada lanza que esquivó Héctor, riendo al ver que el arma pasaba sobre su cabeza. Héctor, entonces, arrojó la suya con gran puntería, pero Aquiles la detuvo con su escudo. Maldiciendo, Héctor desenvainó su espada y se lanzó contra Aquiles. Pero la muerte le aguardaba. Atenea le había devuelto a Aquiles su lanza, y la punta le hirió en el cuello, haciéndole caer. Murió Héctor suplicando a Aquiles que no entregara su cuerpo a los perros, pero en cuanto expiró Aquiles sacó su lanza del cuerpo y empezó a desnudarlo, mientras sus hombres se acercaban y clavaban sus lanzas en el cadáver. Aquiles perforó los talones de Héctor, pasó una correa a través del hueco y lo ató a su carro. A continuación arrastró el cuerpo alrededor de la ciudad y luego lo llevó al campamento, donde lo dejó boca abajo, cerca del féretro de Patroclo. La madre, el padre y la esposa del Héctor contemplaban horrorizados desde las almenas la espantosa escena.

A la mañana siguiente, el cuerpo de Patroclo fue llevado en procesión y colocado en una enorme pira, rodeado de ovejas, caballos y terneras. Se añadieron a la pira tarros de aceite y miel, e incluso dos de los perros de Patroclo. Pero Aquiles aún no estaba satisfecho y arrojó también al fuego a doce prisioneros troyanos; un acto de barbarie que espantó a sus propios compañeros.

La pira ardió durante toda la noche. Al amanecer, se apagaron las llamas con vino y se recogieron los huesos calcinados de Patroclo, para guardarlos en un jarrón de oro que se enterró bajo un gran montículo de tierra.

12. DOBLE DESASTRE

Durante once días, el cuerpo de Héctor yacía en el polvo, y todavía el afán de venganza de Aquiles seguía insatisfecho. De vez en cuando subía a su carro y arrastraba el cadáver alrededor de la tumba de Patroclo, pero su mente no se apaciguaba.

En el monte Olimpo, los dioses empezaban a disgustarse. Héctor siempre había mostrado en vida el debido respeto hacia los dioses y merecía mejor trato que el que Aquiles le estaba dando. Finalmente, Apolo logró que Zeus interviniera. El padre de los dioses envió a Tetis con el encargo de convencer a su hijo de que aceptara un rescate por el cadáver.

Zeus envió además un mensaje al rey Príamo, ordenándole cargar un carro de tesoros, como rescate de su hijo. Aquella noche, el viejo rey salió de Troya y los dioses le guiaron a través de las líneas griegas hasta la tienda de Aquiles.

El rey, con su pelo y sus ropas sucios y desordenados, entró sin anunciarse en la tienda de Aquiles y se arrojó a sus pies. Besó las manos que habían dado muerte a tantos de sus compatriotas y rogó que le devolvieran el cuerpo de su hijo.

Al principio, Aquiles estaba demasiado asombrado para responder. Aún ardía de furia, pero al ver al anciano rey destrozado y humillado, una chispa de piedad tocó su corazón. Ayudó al anciano a incorporarse y ordenó a sus doncellas que lavasen y vistiesen el cuerpo de Héctor antes de entregárselo a Príamo. Luego descargaron el tesoro y el rey volvió a Troya con el cadáver de su hijo, que fue incinerado con todos los honores.

Patroclo estaba vengado y Héctor muerto, pero la guerra no había terminado. Cada mañana, al salir el sol, los dos ejércitos se encontraban en la llanura, exigiendo el tributo diario de sangre. Y cada atardecer, cuando el sol se hundía en el mar, se retiraban agotados, para jactarse de sus victorias y llorar a sus muertos.

Aquiles seguía siendo el gran campeón de los griegos. Cuando murió un hijo del anciano Néstor, lo consideró como una pérdida personal y juró vengar al viejo rey. Se lanzó a la batalla, flanqueado por Ulises y Áyax, y los troyanos, al ver a los tres héroes, se espantaron y huyeron a la ciudad, perseguidos por los griegos. Los troyanos pasaron la puerta Escea, pero antes de que pudieran cerrarla, los griegos habían entrado tras ellos.

Al fin, tras nueve largos años, estaban dentro de las murallas. Delante de ellos estaba la calle pavimentada que llevaba al palacio de Príamo, tal como Ulises la recordaba. A su espalda estaba la gran muralla con su alta torre. Miraron hacia las almenas y pudieron ver a Paris riendo, con Apolo detrás de él. Se oyó un zumbido y de repente Aquiles cayó al suelo, con una flecha envenenada clavada en el talón. Áyax y Ulises le cubrieron con sus escudos, pero en unos instantes el héroe había muerto.

Conmocionado, Áyax cargó en sus hombros el cuerpo de Aquiles, y los dos héroes se retiraron apresuradamente. Al atravesar la puerta, los troyanos cayeron sobre ellos como lobos hambrientos, enloquecidos por el olor de la sangre. Ulises los mantuvo a raya con su lanza hasta que llegaron a sus líneas.

Los griegos estaban desolados. Hicieron un magnífico funeral para su campeón muerto, y pusieron sus huesos junto a los de su amigo Patroclo. Su armadura sagrada le fue regalada a Ulises, por el valor demostrado al

rescatar el cuerpo. Era un gran honor, pero el contento de Ulises duró poco.

La muerte de Aquiles fue seguida por otro desastre. Áyax había sido uno de los mejores amigos de Ulises y en una ocasión le había salvado la vida. Pero ahora su mente se trastornó. Estaba loco de envidia por no haber recibido él la armadura de Aquiles. El gran guerrero no podía encontrar la calma; su sueño estaba plagado de pesadillas y acabó matándose.

La muerte de los dos héroes fue una terrible pérdida para los griegos, pero unas semanas después recibieron un cierto consuelo al morir Paris, auténtico causante de la guerra y de todas sus desgracias. Menelao mutiló su cuerpo con gran alegría. Parecía que todo había terminado, pero Afrodita les jugó una nueva pasada. El hermano de Paris, Deífobo, estaba enamorado de Helena y la obligó a casarse con él.

13. EL CABALLO DE MADERA

Una mañana, los troyanos observaron una nube de humo sobre el campamento griego. Con gran sorpresa, descubrieron que los griegos se habían marchado, después de reducir su campamento a cenizas. Lo único que habían dejado era una enorme estatua de madera, representando a un caballo, dedicada a Atenea.

Los troyanos estaban perplejos. ¿Qué significaba aquello? Algunos propusieron llevar la estatua a la ciudad, pero otros no se fiaban y quisieron quemarla. El rey Príamo no se atrevió a profanar la estatua y ofender a la diosa, así que ordenó que la transportasen sobre rodillos a través de la llanura. Cuando llegaron a la ciudad descubrieron que la estatua era demasiado grande para pasar por las puertas, y tuvieron que dismantelar parte de la muralla. La estatua se atascó cuatro veces, pero por fin pasó, y los troyanos reconstruyeron la muralla. Sudando por el calor y el esfuerzo, empezaron a arrastrar la estatua por la calle empinada, pero encontraron el camino cerrado por Casandra, la hermosa pero extraña hija de Príamo, y por el profeta Laocoonte que decían que el caballo tenía truco, que estaba lleno de hombres. Pero Príamo seguía en su empeño de seguir. Entre toda esta confusión, alguien trajo a un prisionero griego. Era Sinón, primo de Ulises. Cuando el griego vio a Príamo, se arrojó a sus pies e imploró la protección del rey, contándole cómo Ulises le había estado acosando.

-En otro tiempo fuimos amigos -sollozó- pero desde la muerte de Áyax, Ulises ha cambiado. Siempre está irritado y desconfía de todo el mundo. Me acusó de ser un cobarde y un mentiroso. Me hizo arrestar y me hubiera matado si no hubiera escapado anoche, mientras echaban los barcos al agua.

Príamo le interrumpió pidiéndole que hablara del caballo.

Sinón explicó que los griegos habían caído en desgracia ante Atenea, por ello abandonaron el asedio y construyeron el caballo, para aplacar a la indignada diosa.

Una vez Príamo quedó convencido, ordenó que se llevase el caballo hasta el santuario de Atenea, para dedicárselo a la diosa. Salieron muchachas a la llanura para recoger flores y hacer guirnaldas para la estatua.

Aquella noche, Helena se acercó a ver el caballo. Caminó a su alrededor, golpeándolo de vez en cuando y pronunciando los nombres de algunos héroes. Luego se volvió sonriendo a su reciente esposo, Deífobo.

Esa misma noche, los troyanos celebraron su victoria con una gran fiesta. Hacia medianoche, Sinón, el primo de Ulises, se escurrió fuera y encendió una señal luminosa. La señal se vio desde lo alto de la isla de Tenedos, y fue comunicada a Agamenón, que aguardaba allí con su flota. Remando a la luz de la luna, los griegos surcaron el agua rumbo a la ciudad.

Los troyanos aún dormían la borrachera después de toda una noche de celebraciones. No vieron cómo se abría una puerta en el vientre del caballo, ni vieron las oscuras figuras que salían por ella, con sus armaduras brillando a las primeras luces del amanecer.

Algunos corrieron a abrir las puertas, mientras que otros se dirigían al palacio; pero Menelao y Ulises fueron directamente a la casa de Helena. Menelao mató a Deífobo en cuanto le vio y mutiló cruelmente su cuerpo. En su furia, hubiera matado también a Helena, pero su corazón se ablandó cuando la vio, y dejó caer su espada. La tomó en brazos y la llevó a través de las calles, hasta los barcos. Ulises prendió fuego a la casa y después se unió a los demás. Los griegos habían entrado ya en el palacio y aniquilado a la familia real, matando incluso al hijo pequeño de Héctor.

Uno de los griegos irrumpió en el templo de Atenea y trató de llevarse a Casandra. Esta rodeó con sus brazos la estatua de Atenea y pidió protección a la diosa. El soldado tiró de ella y la estatua cayó al suelo, un acto que tendría terribles consecuencias para los griegos.

Se mató a todos los hombres, muchachos y mujeres viejas, y se prendió fuego a sus casas. A las mujeres jóvenes las llevaron a los barcos, como parte del botín. Sólo se perdonó a un hombre: nueve años antes, Antenor, miembro del consejo de troyano, había salvado a Ulises y Menelao cuando fueron a la ciudad como embajadores, y Ulises se aseguró de pagar esta deuda. Se respetaron su casa y su familia, pero todo lo demás fue pasto de las llamas. En unas pocas horas, todo había terminado, y los griegos regresaron a sus naves, dejando tras ellos la ciudad arrasada.

14. EL REGRESO DE LOS HÉROES

La guerra había terminado y los griegos se preparaban para volver a casa. Pero Atenea no había perdonado la violación de su templo.

Agamenón y Menelao no se ponían de acuerdo en lo que tenían que hacer. Agamenón insistía en quedarse donde estaban y ofrecer sacrificios para intentar aplacar a la diosa. Menelao consideraba que su principal obligación era llevar a sus tropas de vuelta a Grecia. Al atardecer no habían llegado a un acuerdo, y convocaron una asamblea para exponer el caso a los guerreros. Estos habían estado celebrando su victoria y bebiendo en abundancia. Los ánimos estaban excitados y la asamblea terminó en tumulto. La mitad del ejército se hizo a la mar, mientras el resto se quedaban. Ulises, Menelao, Diomedes y Néstor, todos ellos viejos amigos, partieron hacia su hogar. Pero cuando llegaron a Ténedos, Ulises tomó una decisión. Consideró que Agamenón tenía razón y dio la vuelta. Néstor y Diomedes siguieron adelante y llegaron a sus hogares en unos pocos días. Fueron los más afortunados.

Menelao había llegado a la punta más al sur de Grecia, el peligroso Cabo Malea, cuando le sorprendió una tormenta. Su flota fue arrastrada hacia el sur, en dirección a Creta, donde perdió la mayor parte de sus barcos. Finalmente, con sólo cinco naves, llegó a la costa de Egipto, donde quedó embarrancado.

Agamenón, Ulises y el resto del ejército ofrecieron sacrificios a Atenea y luego zarparon hacia sus patrias. Pero la diosa no se apaciguaba tan fácilmente, y muchos de los griegos encontraron en el mar su tumba.

Agamenón se dirigió a Grecia sin sospechar el destino que allí le aguardaba. No sabía que su mujer le estaba siendo infiel. Cuando llegó a su casa, fue recibido por el amante de ésta, Egisto, que había preparado un banquete para celebrar el retorno del rey. Después de la fiesta, veinte de los hombres de Egisto tendieron una emboscada al rey y sus acompañantes. Agamenón luchó furiosamente y el suelo del gran salón se inundó de sangre. Pero por fin el rey y todos sus compañeros fueron aniquilados.

Agamenón tenía un hijo adolescente, Orestes, que desapareció misteriosamente después de la masacre. Egisto buscó al muchacho desesperadamente, ya que tenía que matarle si quería evitar su venganza cuando creciera. Pero no lo pudo encontrar en ninguna parte.

Ulises partió de Troya al mismo tiempo que Agamenón, dirigiéndose al noroeste, hacia la costa de Tracia, donde avistó la ciudad de Ísmaro, que había sido aliada de los troyanos. Saqueó la ciudad y celebró su victoria con un festín en la playa. Al amanecer les atacaron los tracios, y lograron escapar a duras penas, perdiendo setenta y dos hombres. En alta mar les sorprendió una tormenta que les arrastró hacia el sur durante dos días. Al tercer día, la tormenta se desvaneció y pudieron por fin poner rumbo a casa. Pero cuando rodeaban el cabo Malea, donde Menelao se había visto desviado de su rumbo, otra tormenta les atacó, empujándoles al sur hacia lo desconocido.

15. PENÉLOPE

Durante los años de la guerra, Penélope había esperado fielmente a Ulises. Uno a uno, los héroes fueron regresando, pero de Ulises no se sabía una palabra. Los meses se convirtieron en años y se fueron perdiendo las esperanzas. Penélope sentía en el corazón que su esposo había muerto y las noches transcurrían en llantos.

Pronto empezaron a acudir jóvenes nobles a cortejar a la desconsolada reina. Al principio, Penélope se sintió complacida, pero rechazó cortésmente sus propuestas. Sin embargo, ellos no se dieron por vencidos y se hicieron cada vez más atrevidos, hasta que el cortejo se convirtió en un asedio.

Penélope trató desesperadamente de desanimarlos, pero el rechazo sólo los volvía más arrogantes y persistentes. Sabiendo que no podría resistir indefinidamente, Penélope tramó un plan digno del propio Ulises. Dijo a sus pretendientes que aceptaría a uno de ellos, pero que tendrían que esperar hasta que terminase de tejer un sudario para el padre de Ulises, al que quedaban pocos años de vida. Los pretendientes no pudieron negarse y Penélope empezó a tejer la gran tela. Al principio progresaba con rapidez, luego no tanto, y al final no se sabía si el tejido crecía o disminuía.

Durante tres años, Penélope logró mantener a los pretendientes esperando, hasta que una de sus doncellas la traicionó y reveló a los pretendientes que Penélope destejía la tela por las noches. Furiosos, le exigieron que tomase una decisión inmediata. Se reunían todos los días en la gran sala y vivían a expensas de la reina. Comían su comida, bebían su vino y tramaban en secreto el asesinato de la única persona que podría frustrar sus planes: su hijo Telémaco.

Telémaco tenía ya diecinueve años. Se sentía indignado por el trato que recibían su madre y su propiedad, pero no podía hacer nada. Parecía que la casa de Ulises estaba condenada a la extinción. Pero aún contaban con un aliado. Atenea no había olvidado a Ulises ni a su familia. Se le apareció a Telémaco y le dijo que fuera a Pilos y a Esparta, para ver si había noticias de su padre. El príncipe salió del palacio al amparo de la oscuridad y se embarcó rumbo a Pilos.

Néstor le recibió efusivamente, pero poco pudo contarle. El viejo rey le prestó un carro, con uno de sus

hijos como cochero, y le envió a Esparta.

Menelao había regresado a Grecia hacía poco, y estaba dando un banquete para celebrar las bodas de su hijo y su hija. Al ver llegar a los dos jóvenes, los invitó a la fiesta. Helena reconoció inmediatamente a Telémaco como hijo de Ulises, y Menelao coincidió en que el parecido era extraordinario.

Telémaco escuchó emocionado cuando Menelao le contó que su sobrino Orestes había regresado después de siete años y vengado el asesinato de Agamenón. ¡Cómo le gustaría limpiar su casa de igual manera!

Hablaron hasta altas horas de la noche, y a la mañana siguiente, Telémaco le contó a Menelao su triste historia. El rey se puso rojo de ira al saber cómo estaban las cosas en Ítaca.

-¡Qué vergüenza! ¡Unos cobardes tratando de robarle la mujer a ese valiente! Pero cuando el león vuelva a su guarida, se encargará de ellos. Habrá más sangre que la que hayas visto en tu vida.

-¡Entonces está vivo! –exclamó Telémaco levantándose de su asiento.

-Eso creo –replicó Menelao-. Hace sólo unos meses que oí que le tenían prisionero en alguna isla lejana. Pero conociendo a Ulises como le conozco, estoy seguro de que volverá.

16. UN GIGANTE CON UN SOLO OJO

Precisamente mientras Telémaco y Menelao conversaban, un náufrago era arrastrado a la playa de una isla cercana. Con sus últimas fuerzas se arrastró fuera del agua y cayó desmayado entre unos arbustos. Era un hombre ancho de hombros, de pelo castaño rojizo. Tenía dos grandes cicatrices, una en la cadera y otra encima de la rodilla. A pesar de su miserable apariencia y de la sal que decoloraba su cabello y su piel, no era difícil reconocer al desaparecido rey de Ítaca.

Horas después, lo encontró una joven princesa que lo hizo llevar al palacio de sus padres. El rey accedió a concederle a Ulises un barco para regresar a su patria, pero antes le pidió que le contase sus aventuras. Y ésta es la historia que oyó.

-Hace nueve años que partí de Troya rumbo a mi hogar, pero mis naves cayeron en una tormenta. Durante muchos días fuimos arrastrados por un mar desconocido, hasta que una noche embarrancamos en una isla. Decidí salir a explorar con doce hombres. Descubrimos una cueva llena de ovejas y cabras en corrales. Mis hombres querían llevarse los animales al barco, pero yo quería averiguar qué clase de gente vivía allí. Así que esperamos en la cueva hasta que oímos que alguien se aproximaba. Una enorme figura llenó la entrada de la cueva. Nos ocultamos en las sombras para que no nos viera. El gigante cerró la entrada con una enorme roca y atendió a sus animales en la oscuridad. Cuando hubo terminado, encendió un fuego y pudimos ver su cara por primera vez. Era un cíclope. El gigantesco monstruo nos miró con su único ojo y preguntó quiénes éramos. Le respondimos que soldados de regreso a su patria y le rogamos que se atuviera a las reglas de hospitalidad establecidas por los dioses. A esto respondió que los dioses no le importaban, pues era Polifemo, hijo de Posidón. Entonces cogió a dos de mis hombres, les aplastó la cabeza contra el suelo, les arrancó los brazos y las piernas y se los comió. Gritamos horrorizados, pero no pudimos hacer nada.

El cíclope regó su espantosa comida con un gran trago de leche y se echó a dormir. Sentí la tentación de sacar mi espada y tratar de matarle, pero comprendí que aun si lo lograba quedaríamos atrapados en la caverna, pues no podíamos mover la roca que cerraba la entrada. Así que nos vimos obligados a pasar la noche apiñados al fondo de la cueva, temblando de terror.

Polifemo se levantó al amanecer, avivó el fuego y atendió a sus animales. Luego cogió a otros dos de mis hombres y, después de comérselos, sacó a las cabras y ovejas de la cueva, volviéndola a cerrar desde fuera.

Me estrujé el cerebro en busca de un plan. Sólo teníamos una ligerísima esperanza. Había en el suelo un gran poste, del que cortamos un trozo de unos dos metros de largo. Afilamos la punta y la pusimos al fuego para que se endureciera. Cuando el cíclope regresó al atardecer, se comió a otros dos hombres más. Entonces le ofrecí algo de vino que habíamos traído del barco. Era muy fuerte y había que diluirlo con una cantidad de agua veinte veces mayor. Pero Polifemo se bebió un cuenco de un trago.

-¿Cómo te llamas? –me preguntó. Yo no respondí a su pregunta y volvía a llenar de vino el cuenco. A la tercera dosis empezó a menear la cabeza y le respondí que me llamaba Nadie. Soltó unos gruñidos y cayó dormido, completamente borracho. Inmediatamente sacamos la estaca y pusimos la punta al fuego. Cuando estuvo roja, cuatro de mis hombres la clavaron en el ojo del cíclope, mientras yo le daba vueltas con una correa.

Polifemo soltó un terrible alarido que provocó ecos en la cueva. Saltamos aterrados, mientras él se sacaba del ojo la estaca ardiente y llamaba a los otros cíclopes, que vivían en cavernas vecinas. Estos acudieron y desde fuera le preguntaron a gritos qué sucedía.

-¡Nadie está atacándome! –les respondía entre gemidos.

Los otros pensaron que estaba loco y volvieron a sus cuevas. Polifemo se tambaleó por la caverna hasta encontrar la salida. Retiró la roca y se sentó en la entrada, decidido a cogernos si tratábamos de escapar. Se me

ocurrió otro plan. Al fondo de la cueva había unos cuantos carneros negros, de lana larga. Los ató de tres en tres y colocó a mis hombres bajo el carnero del centro de cada trío.

Al amanecer, los animales trataron de salir a pastar, mientras las ovejas balaban para que se las ordeñara. El cíclope palpó cuidadosamente a todos los animales que pasaban por la puerta, pero no notó a mis hombres atados debajo. El último carnero que pasó junto al cíclope era el más grande, y yo estaba colgado boca debajo de su barriga. Era el favorito de Polifemo, que le acarició y le habló con ternura. Creí que me iba a descubrir y me encogí de miedo, pero el cíclope no pensó más en ello y dejó salir al animal.

En cuanto estuve fuera, desaté a mis compañeros. A toda velocidad llevamos los animales al barco y nos hicimos a la mar. Mientras nos alejábamos de la playa grité al cíclope para burlarme de él. El gigante, furioso, levantó una enorme roca y la lanzó contra nosotros. Nos pasó por encima y cayó al agua, pero la ola que levantó casi nos lleva de vuelta a tierra. Conseguí enderezar el barco y mis hombres remararon con todas sus fuerzas. Cuando estuvimos bastante lejos no pude resistir lanzarle otra pulla. Mis hombres trataron de detenerme, pero yo le grité que si alguien le preguntaba cómo perdió el ojo, que fue obra de Ulises, rey de Ítaca. El cíclope lanzó un terrible rugido y pidió a su padre Posidón que le vengara del mal que le había hecho. Inmediatamente después cogió otra roca y nos la arrojó. Cayó al mar detrás de nosotros y nos empujó más lejos de la costa. Logramos escapar, pero Polifemo iba a tener su venganza.

17. EL VALLE DE LA MUERTE

-Navegamos durante muchos días, hasta que por fin llegamos a la tierra de los lestrígones, donde las noches son muy cortas. Mis capitanes echaron el ancla en una bahía natural rodeada por altos acantilados, pero yo preferí no entrar en la bahía y amarré mi barco a una roca. Trepé al acantilado para ver